

# EL ARCO

Núm. 215 Cartagena 21 Diciembre 1917 Año VIII

❖ Periódico Católico de propaganda ❖

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cincuenta números UNA peseta ❖ REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2. ❖ No se devuelven los originales

## La Invencible

A Felipe II se le ocurrió un día la peregrina idea de que de nada servirían para dominar a los rebeldes de los Países Bajos los combates que en ellos libraban nuestras tropas si no dábamos en tierra con Inglaterra, que por su proximidad a nuestros campos de batalla en el Norte de Europa y por la mala voluntad que de antaño nos tiene, suministraba toda clase de elementos a los rebeldes, y si para nosotros era difícil poner una pica en Flandes, con su correspondiente piquero, para Inglaterra era, por el contrario, bien sencillo ayudar a nuestros enemigos y ponernos obstáculo que hacían improductiva la sangre derramada por nuestros Tercios...

Y he aquí por qué se creó aquella escuadra que se tuvo la humorada de bautizar con el adjetivo de Invencible, y que en efecto, por un lado la impericia de Medina Sidonia que la mandaba, y por otro las tempestades, causas fueron ambas que ayudaron a los ingleses a que la que se consideró invencible no lo fuera. «Yo no la envié a combatir contra los elementos», cuentan que dijo Felipe II en el monasterio del Escorial, cuando supo el desastre de nuestra flota... Ciertamente; pero ello fué que los ingleses se bañaron en agua de rosas, y pensando en cuán fácilmente lo que se cree invencible no lo es, se rieron a carcajadas celebrando nuestra desgracia.

¿Que olvidados tiene el lector de puro sabidos estos hechos? Yo no dudo que habrá muchos españoles, muchos, que se los sepan de coro, pero ¡ay! también sé que hay legión de ellos que los ignoran o los han olvidado, y bueno es de vez en cuando poner el paño al púlpito para resucitar nuestros dolores... Y conste que yo no he cogido la pluma hoy sino para poner en solfa la inocencia de Felipe II, porque a él solamente pudo ocurrírsele

la peregrina idea de que las poderosas flotas se construyen para combatir a los enemigos.

¡En el nombre del Padre! ¡Qué desatino! dirá, y con razón, mi amíno John Bull. Las escuadras invencibles se forman del siguiente modo: se construyen barcos y más barcos; se cruzan los mares con ellos en tiempos de paz pregonando a los cuatro vientos que los dueños del mar son los que más barcos tienen (¿no es verdad, John Bull?, se canta el *Rule Britannia* en los puertos; los que oyen tal canto caen en la tentación de tener también su oetro sobre el líquido elemento, y no dan paz a sus astilleros construyendo naves, y cuando la tormenta asoma o la guerra marítima estalla y no se tiene la completa seguridad del triunfo, se encierra uno en un puerto dejando que los incautos sufran las consecuencias de la tormenta bélica. Para ésta, que todo pasa en el mundo, y entonces se limpian fondos, se encienden las calderas y de nuevo se vuelve a recorrer los mares y a cantar el *Rule Britannia*, pudiendo decir, y con razón: ¿Escuadra invencible? ¡La mía!... ¿Es que los ingleses van a ser tan necios como aquellos españoles de Trafalgar, de Santiago de Cuba o de Cavite?...

¿De qué le sirven a España los cantos de sus poetas reschando nuestros gloriosos desastres? Combatir contra molinos de viento, armado de una lanza y de una mala armadura y cabalgando sobre un escualido caballo, ya se sabe a lo que conduce: a cosechar golpes a manta... El buen paño en el fondo del arca se vende; no hay que airearlo, que se puede estropear. ¡Pues qué! ¡Iba Inglaterra a haber gastado su oro en construir una poderosa escuadra para ponerla al alcance de los torpedos de esos empeñados submarinos?... Parodiando la frase de Felipe II, puede decir Inglaterra: «Yo no he estrojado los cordones de mi bolsa para

que los submarinos agujereen mis naves. ¡A casita, que llueve!» Y dando gaitos dice mirando a todos los puntos del horizonte, como el pastor ladino del cuento: «Pon de tu pan, que con el viento no se oye!» E inocentes, hay muchos pastores que de su pan ponen, y para que la flota inglesa no sufra merma, allá van los aliados de Inglaterra con sus naves de guerra surcando el mar.

Ahora cuentan que el tío Sam enviará sus barcos para ayudar a la que todos han dado en llamar la poderosa Albión, y hasta los neutrales, cegados por el brillo del oro, van a bucar éste a los puertos ingleses, alimentando con los productos que llevan a los que más tarde si vencieran serían sus verdugos...

¿De qué nos sirvió a nosotros el oro que a espuestas entró en España cuando el descubrimiento de América?...

Rindamos culto a Inglaterra ofrendándole nuestras primeras materias y nuestros alimentos a trueque de sus monedas y con la exposición de nuestros marinos y de nuestra flota mercante, que día ha de llegar si por este camino seguimos, que como el que cruzaba el desierto tiró con enojo un puñado de perlas que encontró y que cogió con avidez creyendo que eran avellanas que calmarían su hambre, así también un día, acaso los españoles, miren con desprecio las monedas que son muy lindas (pero que no son digestibles ni con bicarbonato!

¿Quién pudo soñar al principio de esta lucha que Inglaterra la dueña de los mares, la que paseaba orgullosa su flota por todo el globo, la que arrogante se permitió decir que iría a echar de sus puertos a sus enemigos como a ratas a quienes se les hace salir de sus guaridas, había de recogerse y permitir que un cinturón de submarinos bloqueen las costas de la candida Albión? ¿Quién? ¡Yo! dice el escarabajo de John Bull dando una chupada a su pipa... ¿Es que yo olvidé

jamás la historia del capitán Araña, que embarcaba a la gente y se quedaba en tierra? Japoneses, chinos, argelinos, marroquíes, senegaleses, indios, cipayos, portugueses, árabes, egipcios, franceses, rusos, serbios, montenegrinos, rumanos, italianos, australianos, canadienses, norteamericanos... mirad cómo bailan al son que yo les toco... Y cómo ponen su sangre y su dinero a mi disposición para ahorrarme la mía que es preciosa y para defender mi hegemonía sobre el mundo, y bien sabía yo que pondrían también sus barcos a mi servicio sin que faltaran a ofrendarme los suyos muchos neutrales, permitiendo que mis marinos en los puertos continúen entonando su *Rule Britannia*.

¿Que se bufo tal canto en esta situación?... ¡Que tra de ser, inocentes, que ha de ser!... Dejad que el tiempo pase, que vengas hacia mí, como mariposas a la luz, barcos y más barcos contra los que se estrelan las torpedas de mis enemigos, y yo bien sé que si el yunque se estropea en fuerza de recibir golpes, tampoco queda bien parado el martillo que los da, y en mis oídos entra también que el yunque quede hecho pedacitos... ¡Por algo Inglaterra es la *pérdida* Albión! Dejad que el tiempo pase; que una corona de barcos hundidos circunde mis costas, mientras que yo reserve los míos agazapados en los puertos, y cuando la calma torne y vuelva yo a surcar los mares y a pedirles que me devolváis mi oro (que remedio tendréis sino devolvérmelo), entonces aprenderéis, ¡oh candidos mortales!, que el mejor medio de hacer invencible a una escuadra es teniendo la anclada en sepulcro de que las ajenas vayan al fondo del mar. Felipe II era un pavorlo a mi lado. Guárdame el secreto. La escuadra invencible, que yo inventé, la tengo yo.

ARMANDO GUERRA